

ENTRE CONCILIO Y SINODO

Eduardo J. Ortiz

A fines de noviembre se va a reunir en Roma un Sínodo Extraordinario de Obispos para evaluar los resultados a nivel mundial del Concilio Euménico Vaticano II clausurado hace veinte años.

Como preparación para este encuentro Roma ha pedido información sobre cada país a los diversos Episcopados Nacionales. Asimismo cada Conferencia Episcopal ha solicitado y recibido opiniones de diversas personas, grupos e instituciones para poder elaborar un informe lo más representativo posible de los pareceres de cada región.

Todos estos aportes tendrán que ser estudiados en el encuentro de Roma. Probablemente de las discusiones allí desarrolladas saldrá meses más tarde un Documento refrendado por el Papa.

SINODO O CONCILIO

Etimológicamente Sínodo y Concilio vienen a significar lo mismo. Son la palabra griega o latina equivalente al castellano 'encuentro'.

Después del Vaticano II, sin embargo, las dos palabras han venido a designar realidades distintas.

Se sigue reservando el término Concilio para referirse a una reunión de todos los Obispos del mundo. En él se replantea la totalidad de los problemas religiosos que preocupan a los cristianos en ese momento, y se producen una serie de documentos normativos que afectarán decisivamente la marcha de toda la Iglesia en los años siguientes. El Sínodo, en cambio, es una miniconferencia de unas pequeñas delegaciones de Obispos elegidas por los Episcopados de cada país. Tienen sólo carácter consultivo. Aunque en los primeros encuentros elaboraron algún tipo de mensaje-documento, ya hace más de diez años que se limitan a redactar una lista de conclusiones para que el Papa las pueda tener en cuenta en la redacción de un documento posterior.

De un tiempo a esta parte muchos que veían con simpatía y esperanza los documentos del Concilio Vaticano II

sugirieron la necesidad de convocar otro concilio para completar y hacer más coherentes sus conclusiones. Estas habían supuesto en su tiempo un paso adelante tan enorme que necesariamente tuvieron que resultar incompletas. En ellas cabalgan entrelazadas dos teologías a la larga imposibles de conectar. Entre intuiciones de lo nuevo reaparecen formulaciones anticuadas. Lo viejo ya tenía su codificación lingüística y en ella se habían educado los Padres Conciliares. En cambio lo nuevo ha necesitado varios años para encontrar expresión más adecuada. Por eso un Concilio Vaticano III hubiese ayudado a recoger y respaldar oficialmente tantos esfuerzos, formulaciones y vivencias surgidos en los últimos años.

Pero en vez de un Concilio se ha convocado un Sínodo.

Hay en esta decisión motivos de racionalidad económica y pastoral. Un Concilio supone sesiones maratónicas y largos períodos de emergencia para toda la Iglesia que durante ese tiempo está regida localmente por auxiliares o encargados. El Concilio Vaticano II duró desde el 11 de octubre de 1962 hasta el 8 de diciembre de 1965. En los veinte siglos de cristianismo sólo se han celebrado veintinueve concilios euménicos. En cambio un Sínodo se liquida en poco más de dos semanas.

Pero al margen de esta racionalidad han surgido en los últimos meses temores de que la convocación de un Sínodo en vez de un Concilio tenga consecuencias, pretendidas o no, que lleven a conclusiones muy diversas.

CENTRO Y PERIFERIA

El Vaticano II fue una experiencia traumatizante para los integrantes de la curia romana. En gran parte la prolongación del Concilio se debió a este fenómeno. Decretos que habían sido preparados por largo tiempo en comisiones vaticanas fueron rechazados en bloque a la primera votación y tuvieron que ser reformulados por completo. Esto supuso cambios de personal e introducción de nuevas mentalidades. Llevó incluso a una remodelación de los equipos vaticanos, pues difícilmente podían sacar adelante las directrices del Concilio quienes habían demostrado pensar de forma tan opuesta.

Pero remodelar a fondo una es-

tructura tan persistente es poco menos que imposible. De hecho, desde un principio, las trabas más decisivas al desenvolvimiento del espíritu del Concilio surgieron en conventículos cuya mayor fuerza residía en la Ciudad Eterna. Alguien dejó caer la observación de que "los Obispos se van pero la Curia permanece".

En cambio la experiencia de los Sínodos ha sido precisamente la contraria. La primera parte, cuando los diversos Obispos hablan en nombre de sus diócesis y transmiten las inquietudes de sus bases, resulta rica, creativa y plural. Se oyen entonces muchas propuestas innovadoras y por un momento parece que la legislación y la doctrina van a dar el paso adelante que los tiempos requieren. Pero indefectiblemente llega la mitad. En ella el Relator Vaticano recoge las diversas propuestas en lo que a primera vista puede parecer un simple recuento pero que en realidad es una indicación inequívoca del rumbo a seguir. Entonces todo cambia. Los Obispos que no han acertado a decir lo que se esperaba de ellos se sienten regañados. Desde entonces callan o piden la palabra para adherirse a las directrices señaladas. Milagrosamente se logra la unanimidad. Las aguas han vuelto a su cauce. Ahora sí se pueden redactar unas recomendaciones que ayuden a reforzar lo que ya pensaba la curia romana.

Esta experiencia se convierte en preocupante cuando, como ocurre en este caso, se conoce el parecer de la curia sobre el tema a tratar. Ya que hace pocos meses ha invadido las librerías religiosas un "Informe sobre la Fe" donde el Cardenal Ratzinger, Prefecto de la Sagrada Congregación para la Doctrina de la Fe, desarrolla las proposiciones teológicas quizás más polémicas de estos últimos veinte años de postconcilio.

Entre otras muchas afirmaciones que ya han comenzado a ser debatidas y rebatidas desde diversos ángulos, esto es algo de lo que piensa Ratzinger sobre el Vaticano II.

"Es incontestable que los últimos veinte años han sido decididamente desfavorables para la Iglesia Católica. Los resultados que han seguido al Concilio parecen cruelmente opuestos a las expectativas de todos, comenzando por las del Papa Juan XXIII y luego de Pablo VI... Los Papas y los Padres conciliares



esperaban una nueva unidad católica y se ha llegado en cambio a un disenti- miento que ha parecido pasar de la auto- crítica a la autodestrucción. Se esperaba un nuevo entusiasmo y en cambio se ha acabado demasiado a menudo en el tedio y el desaliento. Se esperaba un salto adelante y en cambio nos hemos encontrado frente a un proceso progresivo de decadencia que se ha venido desarrollando en gran medida bajo el signo de un reclamo a un presunto 'espíritu del Concilio' que de esta forma lo ha desacreditado".

Como expresión de una experien- cia personal merece todos los respetos. Uno puede lamentar que el Cardenal haya tenido tan mala suerte, y que su encerramiento en actividades académicas y administrativas en macrociudades del norte europeo le haya impedido experimentar las vivencias dinámicas, consoladoras y refrescantes en las que otros ambientes más juveniles y soleados abundan. Pero las vidas no son intercambiables.

Aterra, sin embargo, sospechar que la curia romana se pueda ver reflejada en estas opiniones y tome esa vivencia particular como patrón de juicio de lo que está realmente sucediendo en la Iglesia Universal.

Es ésta la razón de que muchos cristianos miren al próximo Sínodo con preocupación y reticencia.

DESDE DONDE

En otra parte de su libro Ratzinger apunta una interpretación que puede estar en la base de todos los malentendidos. Unos ven el Concilio como un punto de partida y otros lo toman como punto de llegada.

En el primer caso se valora que se hayan abierto unos caminos inexplorados hasta entonces. La labor de los

cristianos en esta perspectiva sería la de avanzar por ellos para ver hacia dónde llevan. Toda incursión en lo desconocido trae consigo desvíos, errores, pérdidas momentáneas del rumbo. Pero éstas son secuelas inevitables dentro de una experiencia total altamente positiva en la que se descubren nuevos paisajes, modos de vida y horizontes. Todo un panorama inesperado que revitaliza a quien lo encuentra.

En el segundo caso la Iglesia sería algo así como un colegio que periódicamente decide cambiar de uniforme. Se adapta el diseño pero se mantiene un modelo inmutable y estático. Mientras tanto van evolucionando las formas de vestir y los nuevos uniformes vuelven a quedar al poco tiempo anticuados.

Quien evaluara las dos experien- cias por los errores cometidos desecha- ría la primera porque la consideraría pe- ligrosa; quien se fijara en los avances ob- tenidos llegaría a la conclusión exacta- mente contraria.

De todas formas la Iglesia cató- lica está compuesta por millones de per- sonas en muy diversas situaciones aní- micas e históricas. Y para algunos de sus sectores todavía puede resultar positivo enfatizar los aspectos en que el Concilio Vaticano II ha supuesto un nuevo punto de partida. Ya que son muy numerosos los cristianos, incluso a nivel dirigente, que después de veinte años todavía no lo han asimilado ni aceptado.

A todos aquéllos que esperan una vuelta atrás el Sínodo tendrá que repe- tirles que las afirmaciones fundamen- tales del Vaticano II son irrevocables.

Podríamos agrupar a éstas en tres apartados.

a) Es preciso seguir manteniendo la sintonía con "los gozos y las esperan- zas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo". Este ha

sido un rasgo totalmente original del Va- ticano II que ha coloreado y transforma- do todas sus conclusiones. Hasta enton- ces ningún Concilio había dedicado un documento, reforzado además con el ca- lificativo de Constitución, a las relacio- nes de la Iglesia con el mundo.

Hasta el s. XVIII no lo necesitaba. Ideológicamente la cosmovisión domi- nante estaba diseñada por los principios cristianos. En lo religioso la relación de Iglesia-Mundo era la de autoridad y súb- dito.

El primer Concilio celebrado des- pués de la Ilustración, la Revolución Francesa y las Guerras de Independencia Americanas fue el Vaticano I. Entonce- s las relaciones entre catolicismo y moder- nidad eran de guerra fría. O caliente. De hecho poco después de la clausura del Concilio las tropas de Víctor Manuel II abrieron brecha en las murallas de Ro- ma y acabaron para siempre con el do- minio del Papa sobre los Estados Ponti- ficios. El mundo moderno era entonces para las autoridades eclesiásticas una aberración que había que descabezar. Y el Papa del Vaticano I (Pío IX) condenó oficialmente a quienes defendieran que "el Romano Pontífice puede y debe re- conciliarse y transigir con el progreso, con el liberalismo y con la civilización moderna".

El Vaticano II, en cambio, firmó el armisticio dando así respaldo oficial a una actitud de apertura y colaboración que por muchos años se había estado desarrollando de forma creciente en di- versos sectores. Y esta apertura obligó a los Padres Conciliares a redactar sus do- cumentos para un nuevo interlocutor: el hombre moderno. Lo cual a su vez hizo necesarias numerosas reformas de conte- nido y formulación a la hora de enfren- tar los problemas.

Pero además esta apertura al hom- bre moderno supuso un acercarse a sus preocupaciones. No fue sólo captación de sus ideas y formas de pensar, sino compenetración con sus formas de gozar, esperar, angustiarse y sufrir. Lo cual sig- nificó que los documentos del concilio adoptaran una actitud de escucha y cer- canía. No se trataba de amonestar ni condenar, ni siquiera de dogmatizar. Se buscaba acompañar y alentar.

El Sínodo no debería abandonar este talante.

b) Esta apertura al mundo trajo como consecuencia un inusitado plura- lismo. La atención a un mundo múltiple hizo que se percibieran diversas necesi- dades que requerían soluciones diferen-

tes. El paso del latín a las lenguas vernáculas en la liturgia fue todo un símbolo de una nueva actitud. Muchas de las decisiones que hasta entonces estaban exclusivamente reservadas a Roma fueron transferidas progresivamente a instancias más cercanas a los hechos. Instructivos de obligatoriedad mundial fueron poco a poco sustituidos por regulaciones de carácter local.

A un nivel más profundo esta apertura a nuevas situaciones propició algunos de los documentos más debatidos del Concilio. Así la iglesia católica reconoció por fin la libertad religiosa de todas las personas y entabló nuevas relaciones con los diversos grupos que mantenían concepciones diferentes sobre cuál y cómo son la verdadera religión y el verdadero cristianismo.

Es imposible que el Sínodo olvide por completo esta vertiente ya que él mismo es hijo de esa nueva actitud. Las conversaciones periódicas de tipo consultivo que mantienen desde entonces los Papas con los Episcopados de la Iglesia Universal son una muestra de que se desea conocer de cerca los problemas concretos de ambientes tan múltiples.

Aunque la reciente promulgación del nuevo Código de Derecho Canónico es mucho menos descentralizante de lo que cabía esperar, y puede ser el anti-símbolo de lo que fue la reforma litúrgica del Concilio.

c) Por fin el Vaticano II implantó una nueva **eclesiología** (concepción de Iglesia) que también tiene su episodio simbólico en el cambio del esquema original, y la anteposición del capítulo sobre "el Pueblo de Dios" al que tiene como tema "la Constitución jerárquica de la Iglesia".

Esto llevaría consigo una versión más horizontal de las relaciones entre los diversos miembros de la Iglesia, y una apertura de canales para que la comunicación entre la base y los dirigentes sea bidireccional.

De nuevo esta estructura ha estado presente en la preparación del Sínodo, donde se ha pedido el parecer a diversos grupos cristianos, y es de esperar que no se pierda del todo en su desarrollo.

HACIA DONDE

Muchos pensarán que en las actuales circunstancias es inútil pretender que el Sínodo dé pasos significativos hacia adelante. Lo más que se puede esperar es que no dé marcha atrás.

Sin embargo en estos veinte años el caminar de los cristianos sí ha dado

pasos definitivos en las líneas trazadas por el Concilio. Son éstos los que quisiera señalar aquí como conclusión si no como programa.

a) En las relaciones con los **hombres de nuestro tiempo** la reflexión cristiana ha afinado sensiblemente sus instrumentos de análisis. Para decirlo en pocas palabras, ha percibido que ese "hombre moderno" no es un bloque monolítico, sino que dentro de él existen diferencias y contrastes. Un apoyo indiscriminado al "progreso" podría ser visto como un respaldo exclusivo a quienes lo manejan y disfrutan.

Para soslayar este peligro la Iglesia en los últimos años ha ido encontrando nuevas formulaciones y ha emprendido nuevas experiencias en la búsqueda de una solidaridad fundamental con las víctimas de los sistemas bajo los que está organizado el mundo actual.

Esto es algo que no logró hacer el Concilio aunque en germen lo inspirara. Y éste ha sido uno de los nuevos motivos de fricción dentro de la Iglesia. Ya que no puede ser igual la armonía cuando se vive en el jardín de un convento que cuando se abren las ventanas hacia un mundo de guerra y explotación. Pero hasta ahora ninguno de esos problemas se ha solucionado volviendo a cerrar la ventana y mirando hacia atrás.

b) En lo que se refiere al **pluralismo** hay todavía mucho que avanzar. Aún la Iglesia católica es demasiado occidental. Africa y Asia pegan a la puerta cada vez con mayor impaciencia y aunque sólo sea por razones puramente utilitaristas de no perder terreno sería suicida hacer como que no se escuchan sus golpes.

Incluso dentro de occidente están rebrotando en los últimos años signos muy preocupantes que presagian la vuelta a métodos inquisitoriales para acallar la diversidad de opiniones dentro de la Iglesia. Y más de un católico puede presentir que sería mejor tratado por las autoridades eclesiásticas si perteneciera a otra religión.

Dentro de la liturgia, la catequesis y la reflexión teológica ya resulta prácticamente imposible, en grandes grupos, dar satisfacción a todos los presentes. Por eso se están multiplicando las experiencias de pequeños grupos homogéneos que sin cerrarse sobre sí mismos tratan de crecer en compañía manteniendo su propia forma de ser y de pensar.

Es comprensible que estos fenómenos pongan nerviosas a las autoridades y les hagan experimentar la sensación de que están perdiendo el control.

Una alternativa sería reprimir todo lo que no se puede asimilar y manejar. Otra, más racional y más cristiana, sería diversificar los mecanismos de unidad y permitir que cada nivel tenga su autonomía relativa y su poder parcial de decisión. Lo primero es equiparar a la Iglesia con una máquina donde un operador maneja desde una silla todos los botones y palancas; lo segundo es considerarla un organismo vivo.

c) Por eso se desemboca siempre en la **eclesiología** que puede parecer una vuelta a problemas intrateológicos, pero que en realidad afecta a todo lo anterior.

No se puede pedir a un equipo diseñado para fabricar zapatos que embotele leche. Tampoco se puede lograr con una estructura eclesiástica inmodificada que se produzcan nuevas actitudes.

Este es el campo más polémico por dificultades intrínsecas al problema, sino por la realidad concreta de los mecanismos de decisión que tendrían que llevar a término las nuevas propuestas. El organismo menos indicado para transformar la estructura de un partido es su "cogollo".

Pero ahí queda la llamada dramática del Cardenal Lercaro, en pleno Concilio, a convertir a la Iglesia católica en una Iglesia de los Pobres. Es la consecuencia evidente de lo que hemos dicho más arriba sobre la diferenciación, dentro de la apertura al hombre, entre usufructuarios y víctimas de las actuales estructuras. Y esto exige como paso previo diferenciarse radicalmente y de una vez por todas de los mecanismos de poder dominantes en la sociedad civil.

CREDIBILIDAD

El Sínodo tiene una enorme tarea por delante. Lo que decida va a afectar significativamente a la futura imagen y la nueva realidad de la Iglesia.

Quizás hubo un tiempo en que a ésta le bastaba decir las cosas para que fueran aceptadas. Ahora se ha metido cada vez más en la dialéctica de las demás instituciones donde lo que cuenta, más que la autoridad jurídica, es la autoridad moral. El mundo moderno está cada vez más necesitado de organismos que susciten credibilidad.

Si los Obispos reunidos en el Sínodo logran interpretar los sentimientos de los hombres de hoy, especialmente de los más necesitados, sus palabras tendrán el efecto de un bálsamo que reconforta y sana.

Ojalá acierten.